

**LA DESESPERACIÓN DE LOS OTROS.
REPARAR EL TEJIDO SOCIAL NO
SOLUCIONARÁ LA CRISIS DE
SUICIDIOS**

Erik Baker

LA DESESPERACIÓN DE LOS OTROS. REPARAR EL TEJIDO SOCIAL NO SOLUCIONARÁ LA CRISIS DE SUICIDIOS¹

Erik Baker²

El pasado mes de marzo, en las primeras semanas de la pandemia del Covid-19, Donald Trump dio una advertencia (Cathey, 2020): en lo que pronto se convertiría en un estribillo incesante entre los opositores a los confinamientos y a las medidas obligatorias de distanciamiento social, afirmó que a menos que el país reabriera rápidamente la actividad económica habría “suicidios por miles”.

La curiosa profecía de Trump era claramente ridícula, y se hizo más ridícula con cada mes que pasaba. Pero de ninguna manera era irrazonable preocuparse por los efectos de la pandemia en la ya frágil salud mental de los estadounidenses. Cuando comenzaron órdenes de confinamiento, las tasas de suicidio en los Estados Unidos ya habían aumentado en un 30 % desde 2000. Un importante estudio de 2019 descubrió que la tasa de suicidio entre las personas de 10 a 24 años había aumentado en un 57% de 2007 a 2017 (Abbott, 2019). Por asombrosas que sean estas cifras, es casi seguro que son subestimaciones, debido a problemas generalizados con los protocolos de Estados Unidos para monitorear y reportar suicidios.

No obstante, los periodistas *liberals* deseosos de contrarrestar el histrionismo del presidente tendieron a restarle importancia a la posibilidad de que la pandemia pudiera exacerbar esta preocupante tendencia. Dos de las voces más destacadas que instaron a la calma fueron los economistas de Princeton Anne Case y Angus Deaton. Case y Deaton son eminencias dentro de la academia: Case es miembro de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias, la Sociedad Filosófica Estadounidense y la Academia Nacional de Medicina, y Deaton recibió el Premio Nobel de Economía en 2015. Ese mismo año, él y Case publicaron un artículo acuñando la frase “muertes por desesperación”, que abarca tanto al suicidio como a las muertes relacionadas con el alcohol y las drogas. Si bien no toda muerte por consumo de drogas y alcohol puede entenderse como una “muerte por desesperación”, los economistas demostraron que estas muertes relacionadas con sustancias están fuertemente vinculadas con el aumento de los suicidios. Tomadas en conjunto, las “muertes por desesperación” explican casi por sí solas una disminución sin precedentes en la esperanza de vida general de los Estados Unidos en los últimos años. Como Atul Gawande comentó en una reseña brillante publicada en *The New Yorker*, el artículo de Case y Deaton recibió “el tipo de atención pública que rara vez recibe la investigación económica” (Gawande, 2020).

En la primavera de 2020, Case y Deaton se embarcaron en una gira virtual de promoción de su nuevo libro, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*³. Cuando se les pidió que pronosticaran cómo

¹ El artículo se publicó originalmente en inglés en el número 4 de *The Drift* (mayo de 2021). La traducción es de Luisina Gentile.

² Universidad de Harvard.

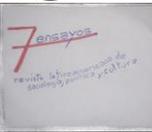
³ Para la versión en castellano, véase Anne Case y Angus Deaton. (2020). *Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo*. Planeta.



afectaría la pandemia a las tendencias que habían analizado, su respuesta fue inequívoca: no lo haría. Dado que “las fluctuaciones a corto plazo, incluso las fluctuaciones a corto plazo bastante pronunciadas, no son lo que causa la muerte de las personas”, dijo Deaton a *Vox* en abril de 2020, la pandemia “no iba a causar muertes por desesperación masivas” (en Karma, 2020). Repitió la predicción en una entrevista para *The Boston Review* al mes siguiente: “El problema de las muertes por desesperación es un proceso de cincuenta años, no algo que sucede en cincuenta días”. En cambio, su libro postula que el aumento reciente se debe a la lenta descomposición del “tejido social” en las comunidades de clase trabajadora blanca, donde afirman que la epidemia se concentra casi por completo. En su relato, las personas se están suicidando porque han perdido el sentido de significado y pertenencia que alguna vez proporcionaron las nobles instituciones del “trabajo, la familia y la iglesia”. Si, como argumentan, las muertes por desesperación son principalmente una consecuencia de la erosión gradual de las instituciones tradicionales de creación de significados, es cierto que incluso un año entero de penurias y complicaciones graves parece poco probable que pueda cambiar las cosas drásticamente.

A principios del verano pasado, los datos preliminares de Connecticut y Massachusetts, dos estados con un seguimiento de suicidios por encima de la media, corroboraron la optimista predicción de Case y Deaton, mostrando tasas decrecientes o sin variaciones en los primeros meses de la pandemia. Pero el panorama pronto se oscureció (Faust et. al, 2021). El Centro para el Control y Prevención de Enfermedades anunció en agosto que una cuarta parte de los adultos jóvenes encuestados habían experimentado ideas suicidas en los treinta días anteriores, y en un conjunto con otros informes locales se vislumbraba la imagen que los datos nacionales no revelaban (Hlavinka, 2020). A fines del verano, los suicidios en el condado de Columbia en Oregón, en las afueras de Portland, ya habían superado la cifra total de 2019 (Wan, 2020). En noviembre, un condado suburbano de Chicago proyectó un aumento del 23 por ciento en los suicidios para todo el año. Datos hospitalarios nacionales informados por los CDC en el invierno mostraron que la proporción de visitas a la sala de emergencias por intentos de suicidio de adolescentes había aumentado en la segunda mitad de 2020.

A fines de marzo, los investigadores publicaron datos provisionales sobre causas de muerte en 2020 del Sistema Nacional de Estadísticas Vitales (NVSS, por sus siglas en inglés) del Centro Nacional de Estadísticas de Salud, aunque falta al menos un año para una contabilidad final. Las estadísticas del NVSS proyectan que la tasa de suicidios se mantuvo relativamente constante en 2020, incluso registrando una ligera disminución (Ahmad y Anderson, 2021). Pero si bien estos nuevos datos demuestran claramente que las predicciones más apocalípticas estaban equivocadas, en realidad también subrayan la insuficiencia de la predicción optimista de Case y Deaton. En primer lugar, los datos del NVSS muestran un sorprendente aumento del 11,1% en las muertes por “lesiones no intencionales”. La gran mayoría de las muertes en esta categoría son sobredosis de drogas, algunas de las cuales incluyen suicidios mal clasificados. Cada año, otros tipos de muertes accidentales que entran en esta categoría también incluyen suicidios no reconocidos y, debido a la tensión que la pandemia ha ejercido sobre los forenses de todo el país, la probabilidad de clasificación errónea en los datos provisionales parece especialmente alta. Las muertes



por desesperación en su conjunto, en otras palabras, aumentaron inequívocamente. En segundo lugar, si los informes iniciales a nivel estatal tenían razón en cuanto a que el suicidio disminuyó levemente en los primeros meses de la pandemia, una tasa estable para todo el año implica una tasa peor de lo normal para el resto, en consonancia con las advertencias de médicos que han expresado durante mucho tiempo su preocupación de que el número de suicidios en la pandemia probablemente empeore con el tiempo (Gladieux, 2021).

En los últimos meses, también aparecieron datos más desagregados a nivel de condados que muestran que los totales agregados fallan a la hora de dar cuenta de la diferencia alarmante entre las tasas de suicidio de personas blancas y las de color durante la pandemia, mostrando la discrepancia racista bien documentada en el impacto de la pandemia y sus consecuencias económicas. Una encuesta sobre los datos de nueve de los condados más poblados de Estados Unidos reveló que la tasa de suicidios en estos lugares aumentó en 2020 un 17 % entre los negros, un 14% entre los latinos y un 9 % entre los asiáticos, mientras que disminuyó entre los blancos en un 15% (Arthur, 2021). Contrariamente a las predicciones de los activistas anti-cuarentena, la oleada de suicidios se concentró en comunidades donde era desproporcionadamente más probable que las personas no tuvieran más remedio que seguir trabajando en persona.

Case y Deaton y los críticos republicanos hacia la cuarentena comparten la suposición de que las muertes por desesperación son, en última instancia, un síntoma de lazos sociales débiles. La gente se quita la vida, todos creen, cuando los lazos que los unen a otras personas en sus comunidades se deshacen. El único desacuerdo es sobre qué tan rápido pueden deshilacharse los lazos sociales: si se necesitan décadas de declive o si una sola orden de confinamiento puede ser suficiente. Pero, ¿y si esta suposición subyacente es incorrecta para empezar?

En *Deaths of Despair*, Case y Deaton se esfuerzan por dejar en claro exactamente qué es lo que afirman y lo que no. “Creemos que es imposible explicar la desesperación mediante la pérdida de ventajas materiales”, escriben en una sección de resumen cerca del final del libro. “Para la desesperación es mucho más importante la decadencia de la familia, la comunidad y la religión”. En caso de que el mensaje no quede muy claro, continúan: “es la destrucción de una forma de vida, no la reducción del bienestar material”. La confianza con la que llevan adelante su argumento hace que sea aún más desconcertante que nunca lo defiendan directamente.

Aunque afirman que las muertes por desesperación se concentran casi exclusivamente entre personas blancas de mediana edad sin títulos universitarios, en realidad nunca prueban ese punto y, de hecho, proporcionan datos que lo contradicen. Es cierto que, en el siglo XXI, la epidemia ha sido mucho más grave entre los blancos sin títulos universitarios. Pero varios de sus propios gráficos muestran un aumento inequívoco en la mortalidad por suicidio y drogas y alcohol entre personas blancas con títulos universitarios desde los años 2000, y entre las personas negras sin títulos universitarios desde principios de la década de 2010. Sorprendentemente, la explosión de suicidios entre los jóvenes en todo el país



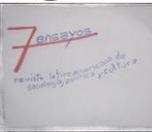
recibe solo una vaga mención. Case y Deaton insisten en que las muertes por desesperación están aumentando en las comunidades de “clase trabajadora blanca” porque “hay algo en estas personas que las hace susceptibles”. Semejante afirmación requiere una evidencia estadística mucho más rigurosa que la que proveen.

Trayendo a colación un grupo de estadísticas que conjuran una imagen típica de las comunidades de “clase trabajadora blanca”, Case y Deaton confían en las intuiciones de sus lectores para hacer el resto del trabajo. Tanto en el texto como en sus entrevistas promocionales, los autores invocan el discurso existente sobre el declive de la clase trabajadora blanca para atraer a los lectores a su retrato de un mundo donde “las instituciones que ofrecían apoyo (...) ya no lo hacen, la identidad y el estatus están cuestionados y se ha perdido el significado de la vida”. En la prisa por explicar la victoria electoral de Donald Trump en 2016, muchos *liberals* de clase media alta adoptaron la premisa de este argumento como sabiduría convencional. Impulsaron *Hillbilly Elegy* de J. D. Vance⁴ al estatus de *best-seller*, atraídos por su retrato de la “podredumbre social”, supuestamente en el centro de la pobreza de los Apalaches. Incluso Charles Murray, autor de *Bell Curve*, obtuvo una nueva audiencia de los expertos *liberals* gracias a su libro de 2012 *Coming Apart*, una advertencia sobre la degradación de las normas morales en las comunidades de clase trabajadora blanca y las consiguientes patologías sociales.

Al principio del libro, con estadísticas y un mapa, Case y Deaton explican que las *muertes por desesperación* de la “clase trabajadora blanca” están aumentando en casi todos los estados, y luego abren el siguiente capítulo con una caricatura sobre la desesperación en Kentucky, el escenario de *Hillbilly Elegy*. Aquí hay un truco de magia engañoso. Cuando Case y Deaton presentan estadísticas que muestran que las muertes por desesperación afectan desproporcionadamente a los blancos de mediana edad sin títulos universitarios, y luego más estadísticas que muestran que la asistencia a la iglesia ha disminuido a medida que las tasas de divorcio han aumentado entre este mismo grupo demográfico, pueden confiar que sus propios lectores *liberals* educados van a terminar de completar sus ideas.

A lo largo del libro, Case y Deaton hacen todo lo posible para eludir incluso las causas materiales más obvias de la desesperación. El dolor crónico es un factor bien conocido de suicidio que ha ido en aumento en los Estados Unidos durante años, pero Case y Deaton argumentan que es principalmente psicosomático, que incluso “el aumento del dolor entre los estadounidenses con menos estudios puede remontarse a la lenta desintegración de su vida social y económica”. La pérdida de una forma de vida también explica la epidemia de opiáceos. Case y Deaton no libran a las empresas farmacéuticas o los médicos de toda responsabilidad, pero argumentan que estos simplemente explotaron un hambre preexistente de drogas duras que, a su vez, solo puede explicarse por la decadencia de las comunidades tradicionales. “Mientras la religión vacilaba”, bromean, “los opioides se convirtieron en el opio de las masas”. Tras un dudoso proceso de eliminación, concluyen que dado que las tasas de pobreza, los coeficientes de desigualdad de ingresos y los ingresos de los hogares no se correlacionan bien con las

⁴ Para la versión en castellano, véase J. D. Vance. (2017). *Hillbilly, una elegía rural. Memorias de una familia y una cultura en crisis*. Planeta.



tendencias de las muertes por desesperación, actúan como si hubieran demostrado definitivamente que la disolución de un “modo de vida” es realmente el culpable. Pero hay muchas razones para pensar que Case y Deaton eligieron los indicadores equivocados de “bienestar material” para eliminarlos. Ignoran por completo otros factores con una relación mucho más consolidada con el suicidio y la mortalidad por drogas y alcohol, todos los cuales se han visto exacerbados por la crisis de Covid.

Uno de ellos es la deuda. La ciencia social contemporánea ha confirmado la sabiduría popular de la gran película sobre las deudas y el endeudamiento de la generación de la posguerra, *It's a Wonderful Life (Qué bello es vivir)*: la situación de endeudamiento tiene un costo psicológico único en comparación con otras formas de inseguridad financiera, y la deuda total de los hogares estadounidenses se ha *duplicado* en el siglo XXI. Según un estudio de 2013, las personas que mueren por suicidio tienen ocho veces más probabilidades de tener balance neto negativo. Otros estudios han encontrado una relación similarmente fuerte entre la deuda y el abuso de drogas y alcohol. Dado el papel de la epidemia de opiáceos en el aumento de la mortalidad relacionada con las drogas en los últimos años, también es significativo que la deuda se asocie con diversas formas de dolor crónico. El 27% de los encuestados que informaron tener un alto estrés por deudas tenían úlceras u otras formas de dolor digestivo, y casi la mitad tenía migrañas o dolores de cabeza crónicos. En el transcurso de la pandemia del Covid-19, cincuenta millones de estadounidenses han visto empeorar sus deudas de tarjetas de crédito, seguido del aumento del desempleo y la mayor carga financiera para aquellos que se hacían cargo de los cuidados (Cox, 2020). Mientras tanto, la palabra “deuda” no aparece en el índice de *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*.

Case y Deaton no pasan por alto la dimensión del trabajo de manera tan atroz, pero aun así destrozan su relación con las muertes por desesperación. En los viejos tiempos de la posguerra, argumentan, incluso “los limpiadores, los conserjes, los conductores y los representantes del servicio de atención al cliente sentían ‘pertenencia’ cuando una gran empresa los contrataba directamente”. Ahora, debido a la desindustrialización y la subcontratación, los trabajadores de bajos salarios carecen de ese sentido de pertenencia y de un propósito compartido. Ya “no están invitados a la fiesta de Navidad.”. A su vez, los trabajadores varones que carecen de autoestima y de la posibilidad de aspirar al progreso que conlleva el empleo industrial en las grandes empresas “no son buenos cónyuges”. Las mujeres no quieren casarse con hombres que trabajan para un subcontratista en lugar de la “Generous Motors” (en serio) de antaño, lo que provocó la decadencia de la familia tradicional. Incluso si esto fuera cierto, sugeriría una moraleja sencilla: reparar las fisuras abiertas por la subcontratación y traer de vuelta a los trabajadores a la familia de la empresa, y así, las comunidades de clase trabajadora recuperarán el propósito que las anima. Pero desafortunadamente para Case y Deaton, el cuento de hadas es solo eso.

Según un informe de los CDC de 2018, aquellos que manifiestan tener tensión laboral o largas horas de trabajo tienen cuatro veces más probabilidades que el promedio de experimentar ideas suicidas de moderadas a graves (Mitchell, 2018). Estos factores, no la disolución del tejido social, explican el empeoramiento del costo mental del trabajo estadounidense. Al mismo tiempo que las horas de trabajo



han aumentado drásticamente en Estados Unidos, el ritmo y la intensidad del trabajo también han empeorado. Casi la mitad de los trabajadores sin títulos universitarios informan que no hay “suficientes horas en el día para terminar el trabajo” (para aquellos con títulos universitarios, la cifra es del 33,3%). Mientras tanto, las protecciones de seguridad social en los lugares de trabajo se disolvieron bajo las administraciones de Obama y Trump, y la tasa de lesiones por violencia en el lugar de trabajo se duplicó en la década de 2010. Casi una cuarta parte de los hombres que trabajan sin títulos universitarios, el 14,6% de los hombres con títulos universitarios y alrededor del 18% de las mujeres, independientemente de su nivel educativo, ahora informan haber sufrido abuso verbal o físico en el trabajo. Durante la pandemia, los trabajos de servicios que alguna vez parecían seguros se han transformado en actos de alto nivel de exigencia y carga psicológica y emocional. Los trabajadores no están desesperados porque no están invitados a la fiesta navideña. Están desesperados porque son intimidados, acosados, agredidos, trabajados hasta el agotamiento y cargados de deudas a medida que sus salarios se estancan.

Al restarle importancia a los hechos materiales de las deudas y la explotación a favor de una historia fácil sobre el declive de la comunidad laboral, la familia tradicional y la religión, Case y Deaton se sitúan explícitamente en una tradición intelectual que es muy anterior a las elegías de la clase trabajadora blanca de esta década –una que ayudó a marcar el comienzo de nuestra pesadilla actual.

A lo largo de *Deaths of Despair*, así como en sus entrevistas promocionales, Case y Deaton se apoyan mucho en la autoridad del sociólogo francés de fin de siglo, Émile Durkheim, para llenar los vacíos en su propio argumento. “No existe una teoría simple del suicidio”, conceden en un momento, pero sostienen “la visión de Durkheim”, un “hito de la sociología”, como el relato definitivo de las “causas sociales” que complementan las idiosincrasias individuales que conducen al suicidio. Es una elección tan reveladora como adecuada. Durante más de cien años, Durkheim y sus posteriores epígonos en los Estados Unidos, desde los primeros teóricos del *management* Elton Mayo hasta el sociólogo Robert Putnam, han hecho sonar la alarma sobre la decadencia del tejido social y sus perturbadoras consecuencias psíquicas.

Con la publicación de su monografía *Suicidio* en 1897, Durkheim esperaba proporcionar evidencia empírica para su teoría de que tanto la intensidad de la lucha de clases del siglo XIX como el aumento de las tasas de suicidio estaban siendo causadas por la decadencia de las instituciones y los sistemas de creencias que alguna vez permitieron a las personas contentarse con sus posiciones en una sociedad desigual: todo el aparato ideológico de la Europa feudal. Los individuos tenían todo tipo de razones subjetivas para cometer suicidio, admitió Durkheim, pero visto estadísticamente, el suicidio era más común en poblaciones donde las sólidas normas sociales que alguna vez habían promovido la estabilidad psíquica se deterioraron. Más entre los protestantes que entre católicos; más entre hombres que entre mujeres; más entre personas solteras que entre casadas; más entre personas sin hijos que entre padres: eran los trágicamente individualizados, los divorciados de las reconfortantes restricciones de la tradición y la familia, los que estaban en mayor riesgo. Durkheim incluso afirmó que el suicidio era más común en



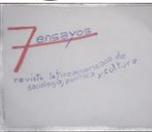
tiempos de paz que durante la guerra, ya que la guerra proporcionaba a las sociedades un sentido unificador de propósito colectivo.

Uno de los primeros grandes seguidores de Durkheim en los Estados Unidos fue el profesor de la Escuela de Negocios de Harvard, Elton Mayo. Mayo, un psiquiatra fracasado convertido en teórico del *management*, cautivó a la élite empresarial estadounidense en las décadas de 1920 y 1930 con su relato de los problemas psicológicos que alimentan el malestar de los trabajadores. Mayo insistió en la analogía entre el suicidio y la lucha de clases incluso con más fuerza que Durkheim. Mayo argumentó que las huelgas, la sindicalización, el ausentismo, la ansiedad y el abuso del alcohol eran solo diferentes caras de la misma patología: la destrucción inconsciente de las formas de vida tradicionales de los trabajadores por parte del capitalismo industrial. (Sus famosos almuerzos a base de tres martinis en restaurantes de Harvard Square, al parecer, no contaban como abuso de alcohol).

Mayo sintió que era imperativo que los líderes empresariales intentaran reconstruir un “tejido social” dentro de sus empresas. Lo que él y sus colegas llamaron gestión de “relaciones humanas” (que no debe confundirse con lo que hoy llamamos recursos humanos) enfatizaba las habilidades interpersonales de los líderes gerenciales y la creación de nuevas formas de comunidad en el lugar de trabajo. No se puede permitir que los trabajadores vean sus trabajos como simples formas de ganarse la vida. Tenían que poder identificarse con su trabajo en un nivel profundo, sentir que estaban contribuyendo con algo especial e insustituible para la sociedad en su conjunto.

Basándose en el trabajo de Mayo, el teórico del *management* Peter Drucker alentó a los ejecutivos de varias de las principales corporaciones estadounidenses, incluida la "Generous Motors", a crear el entorno laboral de posguerra que Case y Deaton recuerdan con tanta nostalgia. Siguiendo el consejo de Drucker, las grandes corporaciones “descentralizaron” la estructura de sus divisiones, aparentemente para ayudar a los trabajadores a tener un mayor sentido de pertenencia, y crearon planes de pensión y planes de seguro de salud privados para que se sintieran atendidos. Permitieron que los trabajadores organizaran campañas de donación de sangre y picnics para empleados e incluso, en ocasiones, los invitaron a fiestas navideñas.

No te enterarías leyendo a Case y Deaton, pero nada de esto funcionó. A fines de la década de 1950 y con más intensidad a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, muchos trabajadores estadounidenses adoptaron una postura cada vez más militante contra los empleadores, incluso aquellos que adoptaron estrategias en el floreciente campo de las “relaciones humanas”. Gran parte de la energía de este movimiento de base provenía de los trabajadores negros que habían sido expulsados de la comunidad imaginaria del lugar de trabajo de la posguerra, pero los trabajadores blancos también estaban enojados porque sus empleadores contaban cuentos de armonía entre la mano de obra y la administración mientras violaban sin parar las leyes laborales, rechazando mejoras de salarios y de jornadas laborales en la mesa de negociación y acelerando las líneas de montaje para la producción. El resultado fue una serie de acciones como la huelga de grandes dimensiones públicas de 1972 en la planta de GM en Lordstown, Ohio, que duró 22 días y le costó a la empresa USD150 millones.



Los intelectuales del *management* llegaron a la conclusión de que el tejido social que tan cuidadosa y generosamente habían tratado de tejer en la década de 1950 se estaba desmoronando una vez más, como tendía a suceder en la era industrial moderna. Drucker respondió llevando su escrito anterior sobre la descentralización a su conclusión lógica, defendiendo la práctica que llegó a conocerse como subcontratación. “Haz lo que mejor sabes hacer y subcontrata el resto”, rezaba su eslogan. Si dividir las grandes corporaciones en unidades más pequeñas y más especializadas ayudó a los trabajadores a sentir que su trabajo importaba, ¿por qué no convertir las unidades en negocios separados? En lugar de trabajo simplificado posterior a la subcontratación, sería más fácil para los trabajadores individuales comprender sus contribuciones dentro de la misión más amplia de la empresa. “Como empleados de una universidad, los gerentes de los comedores estudiantiles nunca serán más que empleados subordinados”, Drucker argumentó. Pero “en una empresa de catering independiente”, los mismos empleados sentirían un mayor sentido de “responsabilidad”, ya que ya no solo recibirían pedidos, sino que buscarían activamente ejercer la iniciativa en el trabajo.

Drucker también argumentó que, para sentirse verdaderos ciudadanos de la empresa, a los trabajadores se les debería exigir, como mínimo, que paguen planes de pensión y atención médica, en lugar de recibir beneficios como corolario del empleo; no pregunte qué puede hacer su empresa por usted, sino qué puede hacer usted por su empresa. De hecho, debido a que el trabajo era tan central para la identidad individual, Drucker recomendó abolir por completo la institución de la jubilación. “Una segunda carrera”, escribió, “es mucho más satisfactorio —y divertido— que entregarse a la bebida, a una aventura tórrida con una muchachita, el diván del psicoanalista o cualquiera de los otros intentos habituales de enmascarar la propia frustración”. Si bien Drucker alguna vez pensó que las políticas de bienestar corporativo promoverían la “comunidad de planta”, ahora le preocupaba que estuvieran fomentando una actitud de “derecho” que era un obstáculo para el compromiso real con el trabajo. Las reformas que se pusieron de moda en las décadas de 1980 y 1990 (tercerización y destrucción del estado de bienestar corporativo interno) son exactamente los desarrollos que Case y Deaton ahora critican como síntomas de crueldad corporativa y decadencia social. Pero sus primeros defensores los enmarcaron como dispositivos para alentar a los trabajadores a sentir que tenían un hogar en el trabajo. Había otros motivos más de fondo en juego en la reestructuración del trabajo de finales del siglo XX, por supuesto, pero sus defensores hicieron propaganda en su favor al infundir miedo sobre la erosión del tejido social.

Los diseñadores de políticas neoliberales también buscaron revitalizar las instituciones supuestamente moribundas del trabajo, la familia y la religión. Compartían la sospecha de Drucker de los “derechos” como algo antisocial. Cuando las partes se unieron para dismantelar el bienestar en la década de 1990, fue sobre la base de que estaban disuadiendo a las personas de la experiencia moralmente enriquecedora del trabajo e incentivando el desastre social de la monoparentalidad. (Case y Deaton aplauden las reformas del bienestar de Clinton en *Deaths of Despair*). Al mismo tiempo, la Casa Blanca de Clinton tuvo la idea de lubricar los mercados crediticios para usar la deuda de los hogares para ampliar el acceso a la vivienda, la educación superior y la atención médica sin crear nuevos “derechos” financiados por el gobierno. No fue



sólo una fobia al gasto público lo que alimentó el auge de la formulación de políticas basadas en la deuda. También fue la convicción de que lo que el secretario de educación de Reagan, William Bennett, llamó el “papel tradicional de los padres” debía restaurarse por cualquier medio necesario, incluida la expansión de la deuda inter-generacional. (La familia que se endeuda unida permanece unida.) Bajo Reagan y Clinton y particularmente bajo George W. Bush, las organizaciones religiosas también se beneficiaron del desmantelamiento del estado de bienestar, recibiendo miles de millones de dólares en subvenciones federales que alguna vez podrían haber sido para programas gubernamentales. El concepto de “iniciativas basadas en la fe” permitió a los políticos reformular la privatización de los servicios sociales como un mecanismo para restaurar el lugar crucial de la religión en la vida diaria estadounidense.

El “hombre de la bolsa” de la época quedó plasmado en el título del influyente ensayo de 1995 del politólogo de Harvard Robert Putnam, *Bowling Alone*⁵, que más tarde se convirtió en un *best-seller*. Una vez, en la década de 1950, una generación de estadounidenses más cívicos se unió a las ligas de bowling, según cuenta la historia; ahora, en la decadente década de 1990, una generación de personas sin rumbo y solas comenzó a ir a las pistas para jugar al bowling. Las brillantes palabras de Putnam ahora adornan la contraportada de *Deaths of Despair*, un lamento sobre el mundo construido cuando el comunitarismo de Putnam estaba en el apogeo de su influencia.

Case y Deaton ciertamente dieron con todas las teclas correctas de la partitura durkheimiana. Están particularmente ansiosos por resucitar la idea de que el suicidio y el conflicto de clases son expresiones de la misma patología subyacente. Ven a Donald Trump y Bernie Sanders como dos avatares de una insatisfacción patológica con el *status quo* que se encona en las comunidades de clase trabajadora blanca. Es un estribillo que Elton Mayo habría reconocido. Para Case y Deaton, al igual que para Mayo, los síntomas del deterioro del tejido social incluyen no solo el suicidio y el abuso de sustancias, sino también “ver al capitalismo como [el] enemigo”.

Pero mientras los políticos e intelectuales del pasado se ocuparon de reparar el tejido social con total seriedad y una visión programática, sin importar las consecuencias, Case y Deaton parecen casi temerosos de hacer recomendaciones así de ambiciosas. No apoyan un ingreso básico universal, porque piensan que las comunidades de clase trabajadora necesitan *más* del poder salvador del trabajo, no menos. No apoyan los impuestos a los ricos, porque sus estadísticas supuestamente prueban que la desigualdad en sí misma no es un problema. En un momento simplemente pronuncian que el “renacimiento” de los sindicatos “es poco probable”. ¡Lo lamento! Están a favor de “una subida modesta del salario mínimo”, pero en su mayoría están a favor de tópicos vagos como algún buen ejemplo “de cómo se fortalece el capitalismo ampliando los mercados, en lugar de destruirlos”.

Este grado de timidez política parece endémico entre los alarmistas del tejido social actual, en particular entre aquellos conservadores que quieren posicionarse contra el amoralismo del Partido Republicano al

⁵ Para la versión en castellano, véase Robert D. Putnam. (2002). *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Galaxia Gutenberg.

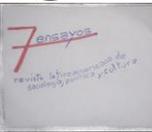


mismo tiempo que resisten el radicalismo de la izquierda resurgente. Uno de los representantes más destacados de esta tendencia en el panorama mediático actual, el columnista del *New York Times* David Brooks, ha renunciado más o menos a las políticas públicas. Su nueva organización sin fines de lucro, Weave: The Social Fabric Project, en cambio, aspira a reparar los lazos desgastados de la sociedad alentando a la gente común a construir una comunidad por sí mismos. En su sitio web, se pueden obtener sugerencias útiles para convertirse en un Tejedor (*Weaver*), como "Dar una mano" y "Organizar una barbacoa a distancia". Digan lo que quieran sobre acabar con el bienestar tal como lo conocíamos, al menos era un *ethos*.

No sorprende que Brooks y otros hayan llegado a este punto muerto. Su estrategia de larga data ha sido validar la sensación de que la sociedad contemporánea está profundamente rota, pero insistiendo en que es un regreso al trabajo, la familia y la religión lo que los radicales realmente anhelan. Eso los deja en una situación difícil hoy, cuando los políticos de élite han seguido durante décadas un programa singularmente destructivo de transformación político-económica en nombre precisamente de esos valores sacrosantos del trabajo, la familia y la religión.

Este trabajo de Sísifo con la destrucción del tejido social subraya la inadecuación de la concepción subyacente de clase en esta obra. Como bromeó una vez el filósofo francés Louis Althusser, muchas veces parece que los intelectuales conservadores imaginan las clases como equipos de fútbol compitiendo entre sí. Existen independientemente unos de otros, entran en contacto de vez en cuando en el campo y comparten un interés principal en garantizar que las reglas del juego sean justas y que todos se comporten como jugadores que practican un deporte. Al igual que otros escritores famosos dedicados al estudio de la "clase trabajadora blanca", Case y Deaton habitan a fondo la comprensión de las clases como equipos de fútbol. Para ellos, la "clase trabajadora" es una especie de grupo de afinidad o condición cultural, el equipo que da la casualidad que valora el trabajo manual, la tradición y NASCAR por encima de la educación, el arte de vanguardia y la NPR. El problema, desde su punto de vista, es que los desarrollos en la economía, como una fuerza de alguna manera externa a la clase, hicieron que sea difícil para los miembros de la clase trabajadora vivir sus vidas de la manera en la que habían estado acostumbrados durante generaciones.

Siguiendo a Marx, la izquierda históricamente entiende la noción de clase de manera muy diferente: la clase trabajadora es una posición estructural en la economía capitalista, el segmento de la población cuyos miembros no tienen más remedio que trabajar por un salario o depender de alguien que lo haga. Los trabajadores y los patrones no son tipos preexistentes de personas que se encuentran cada cierto tiempo. No hay reglas que puedan hacer que el juego de los mercados laborales sea justo. No hay espíritu deportivo por más noble que sea que pueda obviar el imperativo de que los empleadores obtengan la mayor cantidad de trabajo posible de sus empleados por la menor cantidad posible de dinero. Y el trabajo que se extrae no es un significativo cultural abstracto, sino trabajo real arrebatado a los trabajadores, a menudo brutalmente. Las intervenciones durkheimianas podrían ayudar a las personas a hacer las paces



con las relaciones de clase a corto plazo. Es la fuerza de esta violencia cotidiana la que convierte la esperanza en desesperación.

Como sugiere su subtítulo, lo que más quieren Case y Deaton es un futuro: un futuro para el capitalismo, un futuro para el trabajo, la familia y la religión, un futuro para un orden social cuya capacidad para reproducirse ahora parece estar en peligro. Y es verdad que la desesperación es un nombre para la ausencia de tal futuro, para la imposibilidad de seguir *así*. Pero no deberíamos *querer* seguir así. Case y Deaton, como Durkheim, tienen razón al percibir una relación entre la radicalidad política y la desesperación. Pero si quieren que disolvamos la amenaza de la radicalidad anestesiando la desesperación con el trabajo, la familia y la iglesia, deberíamos buscar una desesperación aún más radical: una desesperación politizada, una desesperación que no busca la destrucción de nosotros mismos sino la destrucción de todo en nuestro mundo que ha hecho la vida tan intolerable para tantos.

Podemos estar agradecidos de que, a diferencia de los activistas contra el SIDA de las décadas de 1980 y 1990, no tenemos que luchar para engatusar al establecimiento biomédico para que busque tratamientos efectivos para la pandemia actual con suficiente vigor y enfoque. Pero el Covid no solo mata contagiando cuerpos. También ha matado cargando a la gente con montones de deudas cada vez peores; reforzando el poder de jefes despóticos en los lugares de trabajo a través de la intensificación de la precariedad; atrapando a los empleados que tienen la suerte de trabajar en casa en sus apartamentos, donde es muy fácil que el trabajo se expanda hasta consumir cada hora del día. A pesar de todas las formas en que la pandemia ha alterado la vida tal como la conocíamos, hay un sentido más profundo en el que no representa un alejamiento de la normalidad sino la intensificación de la normalidad en toda su crueldad. Pero canalizar la desesperación hacia la acción colectiva en realidad puede ayudar a cumplir el anhelo real de comunidad y pertenencia que, después de más de un año de encierro, distanciamiento y pérdidas insondables, muchas personas sienten con más intensidad que nunca. Para aquellos de nosotros para quienes la desesperación no es simplemente una cuestión sociológica, construir un nuevo mundo sobre las cenizas del viejo podría ser nuestra única esperanza.

Bibliografía

- Abbott, B. (17 de octubre de 2019). Youth Suicide Rate Increased 56% in Decade, CDC Says. *The Wall Street Journal*. <https://www.wsj.com/articles/youth-suicide-rate-rises-56-in-decade-cdc-says-11571284861>
- Ahmad, F.B.; y Anderson, R. N. (2021). The Leading Causes of Death in the US for 2020. *JAMA*, 325 (18), pp. 1829–1830. doi:10.1001/jama.2021.5469
- Arthur, R. (25 de marzo de 2021). Deaths of Despair Have Surged Among People of Color New data shows another disaster unfolding alongside the pandemic. *New York (magazine)*. <https://nymag.com/intelligencer/2021/03/deaths-of-despair-have-surged-among-people-of-color.html>



- Cathey, L. (25 de marzo de 2020). Fact checking Trump's claim about suicides if the economic shutdown continues. *Abc news*. <https://abcnews.go.com/Politics/fact-checking-trumps-claim-suicide-thousands-economic-shutdown/story?id=69790273>
- Cox, J. (5 de mayo de 2020). Consumer debt hits new record of \$14.3 trillion. *CNBC*. <https://www.cnbc.com/2020/05/05/consumer-debt-hits-new-record-of-14point3-trillion.html>
- Faust, J.S. ; et.al. (2021). Suicide Deaths During the COVID-19 Stay-at-Home Advisory in Massachusetts. *JAMA Netw Open*; 4 (1). doi:10.1001/jamanetworkopen.2020.34273
- Gawande, A. (16 de marzo de 2020). Why Americans Are Dying from Despair. *The New Yorker*. <https://www.newyorker.com/magazine/2020/03/23/why-americans-are-dying-from-despair>
- Gladieux, C. (30 de marzo de 2021). Suicide rates expected to increase after 2020. *Kent Wired*. <https://kentwired.com/2434/latest-updates/suicide-rates-expected-to-increase-after-2020/>
- Hlavinka, E. (14 de Agosto de 2020). DC Details COVID-19's Massive Mental Health Impact. *Medpage Today*. <https://www.medpagetoday.com/psychiatry/generalpsychiatry/88074>
- Karma, R. (15 de abril de 2020). "Deaths of despair": The deadly epidemic that predated coronavirus. *Vox*. <https://www.vox.com/2020/4/15/21214734/deaths-of-despair-coronavirus-covid-19-angus-deaton-anne-case-americans-deaths>
- Mitchell, S. (13 de septiembre de 2018). Job Strain, Long Work Hours, and Suicidal Thoughts. *Center for Disease Control and Prevention*. <https://blogs.cdc.gov/niosh-science-blog/2018/09/13/suicide-prevention/>
- Wan, W. (23 de noviembre de 2020). For months, he helped his son keep suicidal thoughts at bay. Then came the pandemic. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/health/2020/11/23/covid-pandemic-rise-suicides/>

